

COLECCIÓN
ALGO
COMPARTIDO

GENTE DEL CAMPO

HISTORIAS
DE ANDALUCÍA



EDUARDO DEL CAMPO



VERA editorial cartonera

GENTE DEL CAMPO
HISTORIAS
DE ANDALUCÍA



GENTE DEL CAMPO
HISTORIAS
DE ANDALUCÍA

COLECCIÓN
**ALGO
COMPARTIDO**

EDUARDO DEL CAMPO



VERA editorial cartonera

ENTRE RÍOS: DEL PARANÁ AL GUADALQUIVIR

En el invierno austral de 2023, viajé de España a Argentina para disfrutar de una estancia de investigación dentro del proyecto *Trans-Arch. Archivos en transición*, en el que participan, entre otras, la Universidad de Sevilla, donde enseñé periodismo, y la Universidad Nacional del Litoral, de Santa Fe. La directora de su editorial, Ivana Tosti, nos recibió cálidamente a mi colega Rafa Oliver y a mí y nos agasajó esos días con exquisitos libros, asados de carne y alfajores. Unos meses después, en el frío enero boreal de 2024, Ivana y su compañero, Joni, nos devolvían la visita a la capital andaluza, que fue puerto fluvial hacia el Nuevo Mundo y quizás lo siga siendo.

Estos encuentros humanos, que regábamos con cerveza servida en *lisos* o en *cañas* según el formato de los vasos comunicantes de cada ciudad, reflejaban la nueva relación que habíamos creado entre ambas orillas del Atlántico: con nuestro trasvase cultural y gastronómico estábamos uniendo el río Paraná y el río Guadalquivir, que son las columnas vertebrales de la provincia argentina de Santa Fe y de la región española de Andalucía. Por sus aguas han entrado y salido generaciones de emigrantes y sus fértiles cuencas son hoy epicentros agrícolas del Mercosur, por un lado, y de la Unión Europea, por otro. Dos territorios semejantes que el nuevo acuerdo comercial conectará aún más, si se supera la desconfianza de los que ven en el otro al enemigo de la competencia y no al socio de un mercado común.

Gracias a esta feliz reunión académica, Ivana me invitó a ser parte de la Colección Algo compartido de Vera Cartonera. Le propuse reunir una serie de textos periodísticos que muestre quiénes cultivan nuestros alimentos, como las aceitunas, los tomates o la miel. El trabajo rural detrás de la comida. Las caras de la tierra. Los jornaleros y los pequeños propietarios del sur.

Los trece reportajes que presentamos retratan a la gente del campo de Andalucía, mi tierra. Por casualidad, lo llevo grabado en mi apellido. Por voluntad, en el corazón. Creo que sus vidas y sus paisajes les pueden interesar a los lectores de España, de Argentina y de cualquier sitio porque representan encarnaciones locales de un destino universal que es, como decía la película, encontrar tu lugar en el mundo y resistir en él. Sus historias (de prosperidad o de lucha contra el abandono) vieron por primera vez la luz en las páginas de la edición andaluza del periódico *El Mundo*, donde trabajé entre 2001 y 2016. Rescatados desde las profundidades de mi hemeroteca, algunas de las personas y lugares que vi hace años emergen ahora en esta segunda oportunidad. El más antiguo es de 2001 y el más reciente, de 2014. Muchas cosas han cambiado en estos diez, quince, veinte o veinticinco años, a menudo para mejor, pero estos escritos y las fotos que los acompañan son documentos históricos, tanto para comprender la realidad de ese tiempo perdido como para captar las esencias atemporales del mundo rural. En un orden no cronológico sino geográfico trazo un viaje circular y contigo por las ocho provincias de Andalucía: Jaén, Córdoba, Sevilla, Huelva, Cádiz, Málaga, Almería y Granada. Al pie de cada título indico dónde ocurre el relato y la fecha de publicación.

Sevilla, diciembre de 2024

SANGRE, SUDOR, LÁGRIMAS Y ACEITE

JAÉN [28 DE FEBRERO DE 2003]

Si los olivos fueran personas, Jaén sería el hormiguero humano más densamente poblado del mundo y, en vez de aceite, exprimiría un océano de sudor, lágrimas y sangre. Hay decenas de millones, nadie sabe exactamente cuántos. Claro que, si en Jaén no hubiera olivareros, sus centenarios olivos no habrían salido jamás de su salvaje condición de acebuches ni habrían conquistado el paisaje con su militar formación de hileras infinitas. Se cree uno mirando desde el coche que el olivar forma un asfixiante cuadro monocolor, hasta que se acerca y descubre las sutiles variaciones de la trama, la intrahistoria que trenzan en cada parcela el agricultor y su cultivo. Personas como árboles, árboles como personas.

La historia de Joaquín Palacios Zamora, 76 años, es la de cómo logró recuperar los olivos que la dictadura franquista desarboló a su familia. «No quiero contarlo, porque dicen que hay que olvidar, ¿no?», dice el bueno de Joaquín entre sus 680 olivos frente al monte Jabalcuz, a un paseo de la capital jiennense. Los vencedores intentaron inculcarle aquel discurso que, apelando a la reconciliación, ordenaba disolver el pasado en el paisaje vacío de la amnesia. Pero sus oyentes le animan a recordar.

Mi padre era funcionario en la prisión de Jaén, y cuando acabó la guerra le dijeron: «¿Tú estuviste con los rojos?, pues ahora vas pa'dentro». Pasó más de dos años en la cárcel por «auxilio a la rebelión». Las represalias

afectaron también a los hijos. Yo me presentaba a las oposiciones, de policía secreta, de correos, pero nada: no me dejaban inscribirme por los antecedentes de mi padre y porque mi abuelo había sido alcalde de Los Villares en la República. Así que tuvimos que vender cuatro pedazos de olivar que teníamos para salir adelante. El régimen nos hizo polvo.

Joaquín se rehízo con su cafetería del mercado de Jaén y en los 60 compró este olivar en el pago Lobadillo, una finca a la que llamó Santa Rita «para que haga milagros, para que vengan cosechas». Señala las hileras en la loma de enfrente. Los 200 retoños que plantó hace 30 años son hoy árboles adultos a pleno rendimiento del 29 % de aceite por kilo de aceituna manzanilla.

Aun así, «si no fuera por las subvenciones...», suspira. «La Unión Europea empezó pagando bien el kilo de aceite, pero la ayuda ha ido bajando a menos de la mitad; yo veo que nos las van a quitar, no sé si por los nuevos países». La cooperativa San Juan Bautista de Los Villares vende su aceite a granel a Carbonell, Elosúa y, a veces, a envasadores italianos. «Los que embotellan el aceite nuestro son los que ganan dinero».

Con lo que le queda, redondea su pensión con un modesto ingreso anual. Le ayuda su hijo mayor, de los cinco que tiene. Otro varón, tras emigrar a Madrid, no quiere saber nada del campo. «Se aburre». Él no: cómo se va a aburrir de esta filosófica soledad que le ayudó a superar la muerte por cáncer de su mujer, Roberta; del trabajo, de rodillas en el suelo, que le da energía para ralentizar la vejez.

Enviados del obispado de Jerez le han propuesto comprarle su terreno para anexarlo a la finca vecina que un potentado legó a la Iglesia y que esta ahora quiere vender por tres millones de euros para construir una urbanización. No llegaron a un acuerdo pero la tentación anduvo cerca. Aquel difunto millonario, Antonio Martínez Molina, construyó para su mujer el torreón hoy en ruinas que domina el olivar. «Hace cinco años se refugió allí un fugitivo. Dijo que estaba de paso y mi hijo le dio comida. Alguien le denunció porque un día vino la Guardia Civil y se lo llevaron». Secretos, olvidos y memorias. Hay, como el fugitivo, más de una historia escondida en el olivar.

«TENEMOS QUE VIVIR EN LA CALLE EN LA OCTAVA POTENCIA DEL MUNDO»

JAÉN [8 DE DICIEMBRE DE 2008]

«El que tenga papeles, a trabajar en la aceituna; el que no tenga papeles, que se vaya a la puta mierda», dice el parado al periodista. No es el exabrupto de un español xenófobo sino el de un jornalero marroquí, Otmane. A un metro, los inmigrantes senegaleses a los que alude se defienden del frío alrededor de una fogata frente al saturado albergue de Jaén donde no hay sitio para ellos. Otmane, que lleva siete años en España, tiene pánico de que, si no encuentra empleo, el Gobierno no le renueve su permiso de trabajo y él vuelva a ser un sin papeles. «Solo el 25 % trabaja en la aceituna con contrato. He ido a Torre del campo para hablar con mi jefe del año pasado pero me ha dicho que sus cuñados se han quedado en paro y van antes que yo», cuenta Otmane, mucho más delgado que cuando era el de la foto de la tarjeta y tenía trabajo.

A la espera de que algún agricultor los llame, él y su compañero marroquí, como otros inmigrantes, duermen desde hace días en un contenedor de escombros vacío junto a la nave del albergue de transeúntes y temporeros. «Completo», advierten los carteles. Sus 200 literas están ocupadas (solo se puede estar tres noches), lo mismo que el antiguo albergue y el resto de la veintena de refugios para temporeros de la provincia. Muchos prefieren quedarse en las puertas de este de Jaén porque al menos aquí les dan a todos desayuno, comida y cena, tengan plaza o no. Un policía local dice que el año pasado servían 300 cenas y que anoche fueron 464.

Este año hay más manos que jornales. La crisis y el paro han inaugurado una competencia terrible en la mayor productora de aceite de oliva del mundo adonde han llegado miles de temporeros inmigrantes en desesperada busca de alguno de los ocho millones de jornales que generará la recolección cuando comience esta semana. Hay prioridades. Primero, los españoles en paro, empezando por los allegados de los agricultores que han perdido su faena en la construcción. Luego, los extranjeros con papeles. Por último, estos africanos que invirtieron sus ahorros para venir al paraíso y ahora viven en la clandestinidad y la indigencia.

«Yo no había sufrido nunca en África. El sufrimiento lo he conocido en Europa», dice el senegalés Yop junto a la menguante fogata y una cuba metálica cubierta de plásticos donde viven otros cuatro o cinco inmigrantes. Parece un hogar-cayuco. Yop, de 35 años, dejó a su mujer y a sus dos hijas en Dakar, encomendó la tienda familiar de bisutería a sus parientes y se gastó sus ahorros en comprar en el mercado negro senegalés un visado europeo de turista. Caducado el visado, lleva desde 2007 como clandestino en España. Trabajó un mes en Lérida y siete en los invernaderos almerienses de La Mojonera hasta que en septiembre se quedó sin faena. Como trabajó sin contrato, no tiene derecho a ninguna ayuda de desempleo.

Hace un rato les ofrecían en el albergue billetes gratis para irse a cualquier parte de España, para quitárselos de encima, llevar su problema a otra ciudad. Pero no se han subido al autobús. Irse, ¿a dónde, para qué?, dicen. «En cuanto consiga recuperar lo que me costó el visado, me vuelvo a casa», afirma Yop con la esperanza de colocarse en la aceituna. Pero será difícil ahorrar ese dinero en plena crisis. ¿Hasta cuándo va a durar?, le preguntan al periodista. El 2009 será peor, digo. Aunque peor no les puede ir. «¿Habrà acabado ya en 2010, verdad?», se intenta ilusionar uno. «Incluso si la crisis acaba, yo me vuelvo a Senegal, gane dinero o no. Yo vivía bien allí y aquí estoy a la intemperie», dice otro. Si alguien se le apareciera con un billete de avión, se iba ya.

El mauritano Ahmadi, 35 años y tres hijos al otro lado, cuenta con amargura que dejó su digno trabajo como mecánico en un pesquero español en Nuadibú y se subió en un cayuco (ellos lo llaman «pirogue», piragua) porque le decían que «en España se ganaba mucho más». Pero en este Jauja duerme al raso y en ocho meses no ha trabajado ni un día. ¿Te arrepientes? «¡Claro!».

Yop, también. «Sí, me arrepiento. El problema es que soy el mayor de la familia y no puedo volver con las manos vacías. Y, sin papeles, no puedo trabajar». Baba Sane, gambiano de 32 años, también se siente atado a las expectativas que se creó su esposa: «Ha tenido que dejar los estudios de medicina. Se suponía que yo iba a enviarle dinero pero no tengo nada».

Otro a quien la crisis ha golpeado duramente es Fall Modou, de 29 años, antiguo vendedor de ropa en Senegal. Hasta hace unos meses encontraba empleo en el mercado sumergido de Málaga como jardinero y albañil. Ya no. «No hay trabajo, no hay trabajo, me dicen todos. He estado un mes y medio buscando en Almería y no he encontrado nada».

El mauritano Moussa, 28 años, que era camionero en Nuakchott hasta que se vino en cayuco en 2006, cuenta que el año pasado trabajó dos meses sin papeles en un olivar de Los Villares pero que esta vez no hay sitio para él. «El jefe me ha dicho que sus hijos están parados. El año pasado íbamos con él tres inmigrantes, ahora ha cogido a españoles. La construcción está parada y hay mucha gente en el campo». Pero no se deja vencer: «No me arrepiento de haber venido a España. Si me dan papeles, se arregla todo».

Omar Al Haj dice que lloró el día que se dio cuenta de que había cambiado su sueldo en un pesquero español en Mauritania por una cuneta en Almería donde había que correr detrás de los coches de los agricultores para ser el primero en montarse, «como esclavos». Viene de recoger naranjas a destajo en Valencia: «A 80 céntimos por caja de 25 kilos. Sacas de 15 a 30 euros al día».

Otro mauritano, Jelani Mohamed, siete años en España y uno de los tres millones de parados, pide ayuda al Gobierno: «El hambre con el frío no se puede aguantar».

A las siete, ya de noche, cientos de hombres, casi todos negros, se aprietan en una dolorosa cola delante del albergue. La tensión genera conatos de peleas. Esperan más de una hora para cenar un plato de lentejas, un plátano y un trozo de pan. Los desheredados atestan el comedor. El encargado no deja hacer fotos pero esta imagen terrible la debería ver todo el mundo. Biram, un senegalés al que hace dos meses se le acabó la prestación de desempleo, denuncia: «¿Cómo permiten que durmamos en la calle? Es inadmisibile que esto ocurra en España, la octava potencia económica mundial».

«MI PERRO VIVE MEJOR QUE ELLOS»

Dicen que la campaña peor organizada en España es la de la aceituna de Jaén. «¿Crees que es normal que estemos durmiendo en la calle?», pregunta el mauritano Omar. La Junta de Andalucía ha dicho que aumentará el dispositivo para los temporeros en la campaña del año que viene. Pero la emergencia es hoy. El Ayuntamiento de Jaén, gobernado por el Partido Socialista e Izquierda Unida (que si gobernase el conservador Partido Popular quizás clamarían contra su inhumanidad en esta situación), sufre un dilema. La alcaldesa, la socialista Carmen Peñalver, no quiere abrir otro recinto para acoger al centenar de personas sin techo, como pide el Foro Social. IU ha actuado por su cuenta: el miércoles acogió en su sede a una veintena de personas y el jueves encontró un local para refugiar a otros.

«Un argelino me dijo el otro día: “¿Cómo me puedo volver?”. Vienen engañados. Aquí no se vive que te cagas, como les dicen. Lo que hay que hacer es invertir en sus países», dice un policía local en la puerta del albergue tras calmar a un bronquista aislado.

Después de cenar, muchos de los que no tienen plaza en el albergue van a un soportal vecino a dormir en el suelo, con el fondo musical de una banda de Semana Santa que ensaya en la nave colindante. Hay unos 90 cuerpos envueltos en mantas. Ousman pide ayuda: su amigo Mamadou tiene fiebre y no se tiene en pie tras cinco noches al raso. En el hospital, la celadora se conmueve. Dice que el otro



Inmigrantes africanos en busca de trabajo en la cosecha de aceituna se refugian ante el albergue para transeúntes de Jaén, diciembre de 2008

día, al pasar junto al albergue con su perro, vio a estos hombres y se sintió culpable porque su mascota «vive mejor que ellos».

Mientras los médicos atienden a su amigo, Ousman y Hasan cuentan que llegaron a principios de año tras comprar un visado portugués en el mercado negro de Dakar a 6000 euros el papelito. ¿A quién se lo compraron? «A hombres de negocios, gente del Gobierno [senegalés]». Dinero perdido: «Si lo llego a saber, no habría venido a España», lamenta Ousman. Solo se felicita de no haber venido en cayuco. «Muchos amigos míos han muerto así».

De vuelta en el soportal, otro inmigrante africano dice que hoy tenía derecho a dormir en el albergue pero que se quedará fuera con sus compañeros. «No era capaz de entrar estando ellos aquí». Eso se llama solidaridad.

SAN ANTONIO DE LOS CONTRATOS

FUENTE PALMERA (CÓRDOBA)

[11 DE NOVIEMBRE DE 2001]

A Antonio Espejo Arévalo habría que elevarlo a los altares del trabajo, por íntegro y por eficaz. Su historia resulta increíble y, desde luego, excepcional, en una época donde mandan los especuladores y los comisionistas. El periodista lo avisa: tiene aversión a las hagiografías pero en este hombre ha encontrado una calidad humana tan rara que le resultará imposible no querer convertir su ejemplo en monumento.

Antonio Espejo es un jornalero y albañil de 48 años con una mujer gravemente enferma y cuatro hijos de entre 13 y 18 años, uno de ellos deficiente mental. Vive en la que quizás sea la casita más humilde de Fuente Palmera, un pueblo entre el río Guadalquivir y Sierra Morena, en Córdoba, que presume de tener la densidad más alta de empresarios por habitante de Andalucía.

Pudo haber sido uno de esos trabajadores decididos que se hicieron empresarios y acabaron enriqueciéndose, como su hermano, dueño de una constructora, pero como coordinador provincial del Sindicato de Obreros del Campo (SOC) prefirió entregarse a la misión de repartir cada año miles de contratos entre sus compañeros temporeros, desde Sevilla a Granada, desde Madrid a Portugal, payos y gitanos: familias enteras de los barrios marginados de las capitales, hombres y mujeres de esos pueblos perdidos donde todavía no ha llegado la bonanza económica y, como dice él, «aún

se pasa hambre y miseria». Su espina clavada es no poder alistar a inmigrantes sin papeles por temor a que lo manden a la cárcel.

Un dato basta para imaginar el tamaño de su gestión: solo en el pasado mes de agosto, el único en que el SOC pudo liberarlo a sueldo del sindicato, Antonio Espejo gestionó 4700 contratos para la campaña de la uva en Francia a donde él va a trabajar desde hace 27 años.

Sumando todas las cuadrillas que organiza para ir al resto de las campañas, tanto en Francia, Bélgica y Suiza como en España (desde la aceituna de Jaén hasta el espárrago de Navarra), el resultado es que Antonio canaliza una cantidad ingente de contratos, miles y miles, sin cobrar un duro ni a los patronos ni a sus compañeros de *peoná* por su trabajo de intermediario que ejerce con la convicción de un misionero laboral.

Es un INEM ambulante. Pero no hay, seguro, oficina del Instituto Nacional de Empleo ni empresa de trabajo temporal (ETT) que se acerque ni de lejos al rendimiento que él alcanza trabajando a solas en sus horas libres, sin oficina y con la única ayuda del móvil que le ha prestado el sindicato. El humilde sindicalista, que aprendió lo poco que sabe de leer y escribir cuando a los 16 años se alistó a la Legión para alimentar a su familia, es hijo de un republicano represaliado al que, irónicamente, nadie daba trabajo.

Ahora se saca del bolsillo un papel de cuadritos escrito con letra escolar, el listado de los próximos destinos: Martos, Santisteban, Perpignan. Busca 97 jornaleros para la aceituna y 50 para la poda de frutales en departamentos franceses. «Mira, si yo le cobrara a cada persona, en un día tendría para pagar todas las trampas que tengo. Podría hacerme archimillonario con esto. Pero entonces no me llamaría Antonio Espejo: sería un *hijoputa*».

Antonio es la antítesis moral del enganchador, esa figura de intermediario, extendida en el Levante español, que cobra a los inmigrantes extranjeros por meterlos en una cuadrilla. «Yo he dejado de hablarme con algunos y los he denunciado porque les cobraban cuarenta duros o quinientas pesetas a los compañeros por darles trabajo».

«A mí me han intentado comprar», añade después, serio. «Me han llegado de Córdoba varias agencias de esas de trabajo temporal. Me decían que me ponían una oficina y me daban un sueldo fijo al mes pero que los contratos los hacían ellos. Y les dije que no».

Esas ETT habrían hecho con «Antonio el de los contratos», como lo conocen en el pueblo, el fichaje del siglo: son decenas, sino cientos, los empresarios franceses y españoles que lo llaman continuamente al móvil para pedirle trabajadores. Da mareo calcular los millones que ganaría la agencia de colocación que se hiciera con las leoninas comisiones (al empresario y al trabajador) de semejante trasiego de recursos humanos.

Su mérito al no prestarse a la especulación es doble porque no solo no gana dinero con lo que hace sino que lo pierde, y eso «pasándolas canutas para llegar a fin de mes». Telefónica le ha cortado el teléfono por impago. A nuestro hombre se le acumularon las facturas de las conferencias a Francia y las llamadas a cobro revertido que recibía (y aceptaba) de una punta a otra de Andalucía de padres de familia que por no tener no tenían ni veinte duros para llamarle pidiendo trabajo.

El caso más estremecedor vino de Fuentes de Andalucía, en la vecina provincia de Sevilla. «Una organización me llamó y me dijo que había diez personas con una necesidad tremenda de trabajar. Les dije que me enviaran por fax los DNI. Luego me volvieron a llamar diciéndome que no tenían ni para fotocopias. Les dije que me dieran un teléfono y los llamé yo».

A veces, el dinero que le da su mujer (la misma que lo apoya cuando conocidos y familiares le dicen que es «tonto» por sacrificarse por el prójimo teniendo tantas estrecheces en casa) se las gasta en gasolina para ir a informar a los trabajadores.

Antonio pasa nueve meses al año trabajando en Francia, lejos de su familia. Porque si no quedó claro antes, hay que repetirlo ahora: él es el primero que va al tajo, ya sea recogiendo fresas, talando manzanos, plantando olivos o, como hoy, antes de su enésimo viaje al norte de los Pirineos (a donde va días antes para comprobar el estado de las viviendas), echando *peonás* de albañil en su pueblo.

Esa experiencia le ha dado un crédito enorme. Algunos propietarios le mandan un poder notarial y contratos en blanco para que él los rellene a su gusto. Y suele negociar para sus cuadrillas sueldos más altos que los convenios agrícolas vigentes en España o Francia.

Antonio está inquieto estos días. Dice que en un pueblo rico como Fuente Palmera ya no se siente tan útil. «Mi sueño ahora es que me llamen de algún pueblo andaluz que tenga mucha miseria y mucho paro, para yo levantarlo. Lo único que pido es que me den una casa para mi familia pero pagándola poco a poco yo ¿eh?».

«SI AQUÍ PAGARAN MÁS, LA GENTE NO SE IRÍA»

«A veces me dan ganas de tirar la toalla», dice Antonio Espejo. Se queja de que el Ayuntamiento, gobernado por el PSOE no le deja un local para trabajar. En las últimas elecciones, se presentó por el pequeño partido Asamblea Andaluza a senador y a alcalde con el sueño de ganar el derecho a un mínimo despacho. Pero no salió.

Otra batalla es lograr que la sección de migraciones de la delegación del Ministerio de Trabajo le dé algún apoyo más aparte de la mera burocracia de visar los contratos que van para Europa. «Este año —se lamenta— se han perdido miles de contratos porque no tengo tiempo ni medios».

Fuente Palmera la fundaron colonos (flamencos, italianos, alemanes) enviados por Carlos III en el siglo XVIII para crear una barrera humana entre Posadas y Écija contra los bandoleros. Sus descendientes han conservado esos genes históricos de emprendedores, como lo demuestra el espectacular renacimiento que vive el pueblo en los últimos años: son famosas sus fábricas de vestidos de novia pero también hay factorías de hierros, embutidos o muebles que están entre las primeras de Andalucía. Sus 76 constructoras asociadas suponen un récord para un pueblo de 10 800 habitantes.

Muchas empresas las han montado antiguos jornaleros. Antonio se enorgullece de ese florecimiento pero también critica que parte de las nuevas fortunas «se han hecho a costa del trabajador». Explotación.



Antonio Espejo, en un bar de Fuente Palmera, con su móvil prestado y el listado de las cuadrillas que busca para Francia y Jaén

En Fuente Palmera casi falta mano de obra. Por eso algunos empresarios ven con malos ojos que Antonio «se lleve» cada año a cientos de personas a Francia. «Si pagaran lo que tienen que pagar, no se irían», dice él. En Francia se gana lo suficiente para hacer el día rentable, con viaje y alojamiento a cargo del patrón. En Andalucía, en cambio, la *peoná* se paga bastante menos. La industria rural no ofrece mejores sueldos.

Un joven del pueblo confirma el análisis. «En Francia gano en quince días y en buenas condiciones lo que aquí en un mes malamente».

EL TORBISCAL, DE MODÉLICO PUEBLO AGRARIO A ESCENARIO DE GUERRA URBANA

EL TORBISCAL (SEVILLA) [9 DE JUNIO DE 2014]

Es ley de vida que las personas y las cosas se deterioren y desaparezcan tarde o temprano pero, aun así, la prematura muerte de El Torbiscal causa impresión. Este modélico poblado agropecuario situado al pie de la carretera nacional IV, kilómetro 579, entre Los Palacios, Utrera (a cuyo municipio pertenece) y Las Cabezas de San Juan tenía en su apogeo, hace treinta y cinco años, 500 habitantes repartidos en 150 viviendas, 185 trabajadores de plantilla, 200 empleados temporales, escuela, cine-teatro, iglesia, dispensario médico, economato, piscina, cuartel de la Guardia Civil, modernas naves agrícolas e incluso un hangar para la avioneta de fumigación. Pero hoy, tras varios lustros de decadencia y una existencia de apenas tres cuartos de siglo, es un pueblo fantasma, abandonado y en ruinas.

Al deterioro favorecido por la ausencia de población (en el censo se pasó de los 120 habitantes del año 2000 a los solitarios 14 del año 2011, los últimos registrados), se ha unido la acción voluntaria de la piqueta; una manzana de casas yace reducida a escombros en el centro de El Torbiscal, y el resto no ha seguido la misma suerte porque el Ayuntamiento de Utrera paró en febrero el derribo iniciado por la sociedad propietaria de los sucesores del fundador, José Manuel de la Cámara padre, por no contar con licencia para ello.

El conjunto no goza aún de protección urbanística municipal, dice una portavoz de prensa de Utrera, donde se tramita un nuevo

Plan-General de Ordenación Urbana (PGOU). Sí está reconocido como Patrimonio Inmueble de Andalucía y figura en la base de datos del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico, de la Consejería de Cultura, identificado como Cortijo El Torbiscal con el código 01410950104 y la caracterización «Etnológica». En las fotos de su ficha en internet refulge como recién encalado. La realidad actual es otra.

Esta tarde de junio, el alegre poblado de antaño aparece destruido como si la guerra le hubiera pasado por encima. Tanto es así que las únicas personas que se ve en sus calles y casas (no hay ningún okupa) son los militares del Ejército de Tierra que ocasionalmente las usan ahora como escenario de ejercicios de guerra urbana. Como los jóvenes soldados con fusiles de asalto que esta tarde dormitan la siesta junto a sus mochilas y cascos a la sombra de la iglesia desierta en un descanso entre simulacros de batallas puerta a puerta.

Una valla cierra el acceso principal de vehículos pero no impide ver sus casas con las ventanas rotas. Son admirables, con jardín trasero y habitaciones amplias. Apenas atisbar sus calles desoladas de donde han arrancado todas las tapas de las alcantarillas para venderlas como chatarra y los restos de tantas vidas domésticas esparcidos en el suelo, como esa cabeza rubia de muñeco.

La dehesa del Torbiscal pertenecía a las tierras comunales de Utrera pero pasó en el siglo XVI a manos privadas. Su configuración actual arranca en la década de 1940 y se desarrolla en los 50. El arquitecto Antonio Delgado Roig diseñó el trazado y quizás también sus módulos. Participó además el arquitecto Romualdo Jiménez Carlés. En el conjunto hay estilo regionalista, detalles art-decó e influjo del Movimiento Moderno.

El periodista Carlos Gómez contaba en 1979 en un reportaje en *El País* que la explotación agropecuaria y el poblado de El Torbiscal, con 1600 hectáreas de regadío y 1000 de secano, eran de los latifundios más avanzados de Andalucía. Detallaba que esta propiedad de José de la Cámara Benjumea, de la sociedad José Manuel de la Cámara SA, dirigida por José Luis Pablo Romero, tenía una actividad diversificada con producción de semillas y cultivos de trigo,



Poblado agrícola abandonado
de El Torbiscal, en Sevilla

cebada, maíz, sorgo, remolacha, algodón, alfalfa, melones, sandías e híbridos de girasol, más 700 vacas lecheras, una fábrica de abonos, secaderos o talleres, como este taller vacío donde solo queda el esqueleto de un Citroën dos caballos. El poblado ya no sirve, pero sus campos siguen en activo. Abundan los olivos jóvenes.

El poblado fue decayendo a medida que se jubilaban los trabajadores y no los reemplazaban sus hijos porque se iban fuera en busca de otras oportunidades o porque no los contrataban. En un foro de internet hay disparidad de opiniones entre los antiguos habitantes: unos acusan al propietario de «poner en la calle con un camión de la mudanza» a los trabajadores cuando se jubilaban y otros le agradecen en cambio el plan de becas para que los jóvenes fueran hasta a la universidad y recuerdan su vida aquí como años idílicos.

Lo cierto es que hoy El Torbiscal existe en el mapa (donde figura a veces como El Torviscal, con v) y en su arquitectura vacía pero es un cementerio humano y un raro caso de pueblo abandonado en Sevilla mientras que otros poblados agrícolas, como el vecino Maribáñez, están vivos y enteros. Su ubicación en la Nacional y en una zona de intensa actividad agrícola quizás podría deparar a sus calles una segunda oportunidad.

EL LEJANO OESTE DE ANDALUCÍA SIGUE ESPERANDO LOS PUENTES CON PORTUGAL

SANLÚCAR DE GUADIANA (HUELVA)
[26 DE DICIEMBRE DE 2006]

Si uno vive en Sanlúcar de Guadiana y tiene a su enamorada en la orilla de enfrente, en la portuguesa Alcoutim, le será complicado mantener encuentros amorosos por la noche, a menos que disponga de una barca o sea un gran nadador. Al caer el sol, el barquero del lado español de la frontera, José Costa, un antiguo marinero mercante de 75 años, y su compañero portugués de enfrente, Armando Marques, un *guardinha* (guardia aduanero) jubilado de 56, amarran sus botes de motor y se van a casa dejando entonces incomunicados los dos pueblos por vía fluvial hasta la mañana siguiente.

Desde el ocaso al amanecer, el viajero que quiera salvar la frontera hispano-lusa del río Guadiana entre Sanlúcar y Alcoutim (menos de 300 metros de anchura), para lo que se emplea un minuto escaso y un euro por trayecto en las barcas de José y Armando, necesitará dar un rodeo enorme en coche por la frontera meridional del puente de Ayamonte o por la septentrional de Rosal de la Frontera que supondrá hora y media de ida y otro tanto de vuelta.

El Lejano Oeste de Andalucía, esa raya fronteriza de agua y montes en gran parte vírgenes donde el despoblado Andévalo de Huelva roza el Algarve portugués sin tocarlo nunca del todo, sufre aún las consecuencias de siglos de incomunicación forzada y aislamiento. Entre la costa de Ayamonte y Rosal de la Frontera, al norte de la provincia, a más de cien kilómetros de distancia, no hay ningún paso

fronterizo terrestre entre los dos países, lo que hace que pueblos como Sanlúcar, El Granado o Paymogo vivan extrañamente aislados de sus vecinos de enfrente pese a estar a un tiro de piedra, al otro lado de los ríos Guadiana y Chanza.

Hay proyectos para acabar con este anacronismo pero avanzan a trancas y barrancas. El reclamado puente de Sanlúcar es todavía un sueño porque la Diputación de Huelva, la Junta de Andalucía o el Gobierno español no parecen interesados en sufragar su supuesto alto coste; el que unirá El Granado y Pomarão sobre el Chanza estaba previsto inaugurararlo en 2007 con financiación de la Diputación y la Unión Europea pero no se ha empezado aún a construir, y el puente que salvará también el Chanza desde Paymogo con dinero de la UE y la Junta sí ha visto iniciarse sus trabajos de cimentación en octubre con el inconveniente de que los obreros han dejado de trabajar debido a las lluvias. Qué cerquita está Portugal y qué trabajo va a costar conectarse con ella.

El viaje por esta especie de agujero negro de la frontera hispano-lusa donde las carreteras se truncan en un callejón sin salida empieza en Sanlúcar de Guadiana, un pueblito de 450 habitantes con puerto deportivo que es un paraíso en potencia para los promotores urbanísticos (ahora solo hay una pensión y unos bungalós). Que las barcas de Antonio y Armando no naveguen de noche tampoco es un gran problema. De todas formas, dicen ellos, hay días en que nadie quiere cruzar.

«La frontera se abrió en 1992. Antes, había que pedir permiso a la Guardia Civil española y a la Guardia Fiscal portuguesa», rememora el antiguo *guardinha* reconvertido en barquero como «pasatiempo». «Entonces pasaba más gente que ahora. Como estaba prohibido, tenían más ganas de ir a España. Ahora que pueden hacerlo libremente, van menos. Tú eres la cuarta persona a la que he cruzado hoy», dice Armando.

En Sanlúcar, el apoyo al puente no es unánime. «Que lo hagan», dice un joven. «Los viejos no quieren, y yo tampoco. Se acabaría la tranquilidad», opina otro. Un portugués maduro que espera con ellos se muestra escéptico: «Ese puente es inviable. Muy caro».

Cuentan que para trabajar hay que irse de aquí a Lepe, capital del cultivo de fresa en Huelva. Mientras unos se van, otros, con más dinero, llegan. «Toda la orilla río arriba y abajo es ya de alemanes, ingleses y holandeses» entre los que abundan los aficionados a la náutica, dice uno de los contertulios.

«La última vez que vinieron los técnicos [españoles] a medir el río para el puente, estuve todo el día llevándolos y al final se fueron sin pagarme ni la gasolina», se queja José cuando nos deja en el muelle de Alcoutim. En el pueblito portugués, Bruno Cavaco, charcutero de 26 años, se pronuncia: «Voy a España una o dos veces por semana y tengo que dar un rodeo muy grande. Estamos muy aislados. Por lo menos, que pongan una barcaza para coches. El puente no saldría caro: sería una inversión que los dos países recuperarían a la larga. Pero llevo escuchando hablar del puente desde hace veinte años y hasta que no lo vea construido, no me lo creeré».

Más al norte y aun más aislado están El Granado y sus 650 habitantes. Una promotora malagueña iba a construir a unos kilómetros del casco urbano una macro urbanización con campo de golf que multiplicaría varias veces la población del despoblado municipio en dos fincas situadas entre el río Guadiana, a la altura del antiguo cargadero de manganeso del Puerto de la Laja, y la presa del Chanza en un paraje declarado Lugar de Interés Comunitario (LIC).

Greenpeace dio la voz de alarma nacional y el proyecto se ha quedado parado. Para gran enfado del «98 %» de los habitantes que están a favor, según los albañiles Luis Limón, Gabriel Ramírez y Rui Miguel Infante, portugués de origen. «El Andévalo de Huelva es una de las comarcas más pobres de Europa. ¿Qué quieren, que sigamos en la miseria?», se queja Luis. «Esto está muerto y la urbanización le daría mucha vida. Habría trabajo para todo el pueblo y los de fuera», considera Rui. «Me da risa cuando los ecologistas dicen que aquí hay lince y águilas imperiales. No hemos visto ninguno. Es una pena que se carguen el proyecto», protesta Gabriel que recuerda que hoy el trabajo hay que buscarlo fuera. «La fresa, la naranja y la construcción. ¡Donde te toque!».

Con el puente, se podrá ir de El Granado a Mértola en «20 minutos». Unos pocos obreros terminan la carretera de enlace hasta la confluencia del Guadiana y el Chanza, frente a Pomarão. Al final, metáfora hecha carne, la carretera muere contra un montón de piedras. Dice un trabajador que no pueden empezar a hacer el puente por «una denuncia» de la Dirección General de Costas.

Damos la vuelta y subimos más aún, a Paymogo. La carretera hasta el futuro puente internacional está terminada. Pero las lluvias han detenido las obras del viaducto. Al otro lado del Chanza, a escasos 50 metros, nos mira Portugal. El vecino remoto.



El barquero José Costa cruza a sus pasajeros desde Sanlúcar de Guadiana (al fondo) al pueblo portugués de Alcoutim

POR LA RUTA DE LOS CONTRABANDISTAS DE CAFÉ

PAYMOCO (HUELVA) [26 DE DICIEMBRE DE 2006]

El futuro puente de Paymogo salvará el río Chanza por donde cruzaban hace 50 ó 60 años con el agua hasta las rodillas o hasta el cuello, según la temporada, los míticos contrabandistas de café. El sendero turístico «La Ruta del Contrabandista» fue escenario durante el franquismo de angustiosas persecuciones nocturnas. Fernando Morgado, jornalero de Paymogo de 56 años, se dedicó al contrabando desde los 8 a los 25.

«Había mucha miseria. De día, a trabajar en el campo, y de noche, a pasar café. Íbamos barranco arriba, barranco abajo, por la maleza, veinte kilómetros cada noche, y alguna vez escondidos bajo el agua. Iba delante de espía para dar un silbido si veía a la Guardia Civil. Pero muchas veces no me salía, ¿sabe usted?». Los portugueses llevaban los sacos a la orilla lusa y los españoles iban allí a recogerlos. Cargaban los caballos o las mochilas (30 kilos por cabeza) y, en dos noches, llevaban la mercancía al interior onubense. «En 1970, nos costaba el paquete 48 pesetas y lo revendía en Valverde a 125». A veces los guardias «calentaban» a tortazos al detenido para que denunciara a sus socios. A él no lo tocaron.

A la conversación en el estanco de José y María se suma un *rival*, el exguardia Pedro, de 59 años, uno de los 44 que había antes («ahora son cuatro»). «Si deteníamos a alguno lo llevábamos al juzgado de Valverde, por cruce clandestino. Los vecinos que querían ir a

Portugal [vadeando a pie el Chanza] a comprar o de fiesta, tenían que pedir permiso al teniente».

Bartolomé Gómez Ponce proclama en su casa: «Llevo la droga del contrabando metida en el cuerpo». Lo hizo para ayudar a su madre y sus seis hermanas tras la muerte del padre. «He hecho dos carreras: la carrera delante de la Guardia Fiscal portuguesa y la carrera delante de la Guardia Civil española», bromea a sus 78 años. Aún vende café de Portugal, marca *del barco*. «En la posguerra yo traía café, harina, azúcar y llevaba allí ropa de mujer, colonias, coñac, pana, sombreros, aceite, alpargatas... Se me pegó lo del contrabando por necesidad —aclara—. Un jornalero ganaba 12 pesetas de sol a sol y un pan costaba 18. Pero si te cogían, te quitaban la mercancía y te ponían dos multas, por contrabando y por paso clandestino de frontera. Estuve un mes preso».

Se siente agradecido a sus amigos portugueses que siempre daban refugio a *Bartolomeu*. «*Traes fome?* Y me daban de comer. Me alegro de que hagan el puente. Voy a tener muchas visitas».

LA PEQUEÑA HOLANDA, DE EMIGRANTES A EXPORTADORES

ARCOS DE LA FRONTERA (CÁDIZ)
[28 DE FEBRERO DE 2005]

«*Ter herinneringaan de Nederlands-Spaansesamenwerking*». A más de 2000 kilómetros al sur de los Países Bajos hay un lugar llamado La Pequeña Holanda donde florecen los gladiolos y los claveles de colores, donde crecen hermosos la zanahoria y la col de Milán, el trigo y la remolacha, el repollo y el brócoli. Este otro *País Bajo* de 258 hectáreas al pie de la Sierra de Cádiz, en el término de Arcos de la Frontera, es la patria laboral y vital de una veintena de antiguos trabajadores andaluces de la industria sidero-metalúrgica de Holanda que un día, hace 25 años, dieron un vuelco a sus vidas de emigrantes para regresar a España reconvertidos a marchas forzadas en agricultores. De los altos hornos al invernadero y el campo de labor, como representa el azulejo conmemorativo y bilingüe expuesto a la entrada de su edificio de oficinas y formación laboral. «En conmemoración de la cooperación hispano-neerlandesa».

La cooperativa agrícola La Pequeña Holanda es un caso casi único (y exitoso) de colaboración bilateral protagonizado por un puñado de hombres y mujeres que hicieron un viaje de ida, vuelta e ida a la Holanda de verdad, la del Tribunal de La Haya y los tulípanes de Van Gogh, la de la sociedad más liberal de Europa y la del Tratado de Maastricht. Ida: se fueron allí en los años 60 y 70 buscando una vida mejor. Vuelta: regresaron en 1979 tras diez o quince años de trabajo para montar con los ahorros una cooperativa. Ida otra vez:

ahora exportan el grueso de su producción de flores y verduras a su antiguo país de acogida y, cuando vuelven a él, ya es solo para cerrar negocios y visitar a los amigos.

Luis Gómez Vázquez, presidente de la empresa, cambió en 1970 su vida de tornero y sindicalista clandestino en la fábrica Hispano-Aviación de Sevilla por una próspera y apacible vida de emigrante especializado en Holanda. Tras algunas vueltas se instaló con su familia en la bella Delft y transcurrieron diez cómodos años: buen sueldo, buen trabajo, los partidos de fútbol y la cervecita los fines de semana junto a la embajada española. Pero a finales de los 70 la crisis por la subida del precio del petróleo convirtió a los inmigrantes, tan necesitados antes, en un creciente estorbo. El gobierno holandés creó un plan de ayuda al retorno de extranjeros y un grupo de 21 andaluces, la mayoría de ellos obreros de los altos hornos de la empresa Hoogovens en la ciudad de Beverwijk, concibieron el proyecto de volver a su tierra para crear una cooperativa agrícola a la que bautizarían por cariño y gratitud La Pequeña Holanda.

La histórica visita del rey Juan Carlos y del presidente Adolfo Suárez al antiguo territorio del imperio español creó la coyuntura política favorable para que ambos gobiernos apoyaran su propuesta. Sin embargo, tomar la decisión de volver a la península Ibérica fue para muchos más difícil que la de haber partido antes a la emigración. El grupo, en el que había cuatro obreros casados con holandesas, iba a cambiar la seguridad de vivir en uno de los países con más libertad y desarrollo de Europa por la incertidumbre de una nueva experiencia en su propio país en la que tendrían que invertir todos sus ahorros sin garantías de éxito. «Fue una aventura: de estar viviendo en Holanda cómodamente a venir al campo a trabajar con todas sus incomodidades».

Con el capital que aportó cada cooperativista y el apoyo técnico y financiero de los ministerios de Trabajo y Agricultura de Holanda y España, en 1979 emprendían su particular recolonización del sur. Los comienzos fueron de una dureza calvinista, recuerda Luis, o no quiere recordar. El Instituto de Reforma y Desarrollo Agrario (el

extinto Iryda) del Ministerio español de Agricultura les cedió la finca Najarsa en el municipio de Almonte, provincia de Huelva. España ponía la tierra y los holandeses, financiación por cuatro años. Pero el tiempo pasó, y las fresas, los melones, las sandías o los cacahuetes que plantaron no salieron adelante en una tierra arenosa y poco propicia. Cuando ya se asomaban al desastre, la intervención de sus tutores y de la Junta de Andalucía les permitió trasladarse a la finca Buenavista, en Arcos de la Frontera. Y empezaron por segunda vez.

Salvo las excepciones de algunos antiguos jornaleros, los retornados no tenían la menor experiencia en el campo. Sin embargo, dice Luis, ese inconveniente se convirtió en una ventaja: maridos y mujeres, que ambos arrimaron el hombro, tenían la mente más abierta que los agricultores tradicionales para aprender e innovar con nuevas técnicas agrarias, muchas de ellas importadas de los Países Bajos. El paso por Holanda les había hecho más *científicos* y les había facilitado los primeros lazos comerciales. En Arcos empezaron con el algodón, el girasol, la remolacha, el trigo, el maíz, como los demás cultivadores de la zona. Luego, poco a poco, rompieron moldes a medida que se empapaban de libros agrícolas y viajes a ferias comerciales.

«Fuimos los primeros del sector azucarero que sembraron la semilla monogermenpildorada de la remolacha, fuimos los primeros en introducir en esta zona la flor cortada». El resultado, dice Luis Gómez con orgullo, es que La Pequeña Holanda «es la empresa de Arcos que más trabajo da», y la que obtiene mayor rendimiento (de empleos y producción) por hectárea. «Aquí trabajan 21 socios y damos empleo a 75 personas de media al día. Esto es una superexplotación». La finca, cuidada al milímetro con precisión industrial, combina ahora los cultivos extensivos como la remolacha o el algodón, con los intensivos de las hortalizas y las flores de invernadero.

Entre el 80 y el 90 por ciento de su producción la exportan a Holanda, Francia y Reino Unido. El gigante holandés del negocio de la flor, Intergreen, les compra la producción de miniclaveles para el mercado inglés de la cadena Marks & Spencer mientras que

los bulbos de gladiolos van también a parar al mercado holandés, el principal del mundo en su sector. El año pasado la cooperativa facturó alrededor de 3,5 millones de euros.

Pasado el tiempo, La Pequeña Holanda sobresale como una mimada flor. Pero una flor en un desierto. Porque Luis cuenta que es el único proyecto de readaptación laboral que al Gobierno holandés le cuajó en España y la única finca del reparto inicial de lotes realizado en Arcos por el Iryda que salió adelante. La unión, cree él, fue lo que les salvó.

La pulcritud de este poblado de colonos trae un aire del de las aldeas holandesas, solo que aquí las casitas están encaladas y las calles sembradas de naranjos. Se respira la prosperidad industriosa de los buenos tiempos. Pero Luis Gómez recuerda que, hasta que el pasado octubre lograron firmar las escrituras de propiedad de la finca, comprada al Estado, en el camino han quedado muchos sinsabores que el ojo no ve: la desesperación, las discusiones familiares y las ganas de tirar la toalla al ver que se comían los ahorros sin ganar a cambio un duro. Muchos momentos hubo en que se preguntaron si no se habrían equivocado volviendo al sur. No. Hoy, con 58 años, el tornero reconvertido mira lo que levantaron codo a codo y dice una vez más que mereció la pena: «No me arrepiento de nada».

VILLANUEVA DE CAUCHE LIQUIDA LOS RESTOS DEL FEUDALISMO

VILLANUEVA DE CAUCHE (MÁLAGA)
[6 DE OCTUBRE DE 2002]

Al pie de la autovía y a un rato de la Costa del Sol malagueña, rodeada por las bellas crestas de las sierras de la Fresneda y de las Cabras, la pedanía antequerana de Villanueva de Cauche es el lugar perfecto para montar un negocio redondo de turismo rural, con esas dos calles inmaculadas que han servido de escenario al anuncio del Opel Vectra que estos días emite la tele y ese cortijo–palacio que sigue dominando el caserío como desde que colonos y braceros se arrimaron hace siglos a la sombra de los marqueses que les daban trabajo o les arrendaban la tierra.

¿Pero de quién es el pueblo ahora? ¿A quién le pertenece, legal y moralmente? La cuestión es el eje de un apasionante conflicto entre el propietario del suelo y una parte de los vecinos que ya ha hecho intervenir al Defensor del Pueblo Andaluz, José Chamizo, y a la comisión de Obras Públicas del Parlamento regional. Una pequeña lección de historia que revela aún las consecuencias de las relaciones entre la aristocracia y la burguesía latifundista y los campesinos sin tierra subordinados a ellas.

Las cerca de 60 viviendas de Villanueva de Cauche están construidas sobre el terreno del viejo marquesado de Cauche, cuyo cortijo–palacio fundaron en un tiempo impreciso que unos sitúan en el siglo XVII y otros a principios del XVIII. En el siglo XX, los marqueses tuvieron cuatro hijos. Ninguno dejó descendencia. La hija heredera del título de marquesa, Carmen de Rojas Arseses–Rojas, traspasó en 1992

las propiedades a la sociedad limitada Cauche–Peña, encabezada por el hijo de una prima, José Luis Moreno Rojas–Serrailier, a su vez terrateniente en Antequera. Y empezó la liquidación.

Hace un lustro, el propietario vendió parte de las parcelas a los colonos que las tenían arrendadas pero aplazó resolver la situación de las casas. De estas, 35, las que se supone que construyeron los marqueses sucesivos para alojar a los trabajadores, están en régimen de alquiler, mientras otra veintena pertenecen ya a quienes las construyeron o a sus descendientes (el dueño renunció en este caso a reclamar su suelo).

En marzo, el abogado Miguel Ángel Hortelano planteó dos soluciones a los inquilinos: comprar el suelo rústico sobre el que se levantan las viviendas a 90 euros el metro cuadrado (la venta implica ya la cesión de los edificios que no están registrados) o actualizar los alquileres con la precisión de que, con la ley vigente, ya no podrán traspasar el alquiler a sus hijos cuando mueran.

Esta oferta ha dividido al pueblo: mientras 17 familias, en una acción de resistencia inusitada en la historia de la cortijada, buscaron a un equipo de abogados para negociar un «precio simbólico» menor al ofrecido esgrimiendo el derecho moral adquirido por un uso de generaciones, otro grupo aceptaba sin protestar las condiciones de la propiedad (Hortelano calcula que entre 7 y 12 ya han firmado la compraventa).

«El mensaje que se les daba era de miedo, que aceptaban o estaban en la calle», dice la abogada Amanda Romero. «Villanueva de Cauche es un reducto de la época feudal. Los vecinos tienen miedo a represalias. Que buscaran abogado significa un cambio en esa mentalidad de sometimiento que ha existido siempre».

El abogado de la propiedad replica acusando a su colega de «hacer política» con el tema por ser «hija del diputado de Izquierda Unida Antonio Romero» y de «buscar titulares llamativos» con la palabra feudalismo. Hortelano niega que haya «sometimiento» y critica que «pretendan por la vía de la denuncia pública adquirir una posición preferencial». «Ni el dueño es un señor feudal ni yo soy el Cid Campeador», ironiza.

Es cierto que, salvo el cabrero Salvador, que vive con su mujer, Antonia Mari, y sus hijos en los bajos del palacio, ya no queda una sola persona al servicio de los dueños y resulta anacrónico hablar de vasallaje. Pero también que se palpa la huella psicológica que siglos de abismo social han dejado entre esos vecinos que no quieren hablar, como si temieran molestar a un invisible señorito. «Yo no sé nada», «No soy de aquí», se evaden dos ancianas de la pregunta del periodista.

Tampoco opina José, el antiguo tractorista de la marquesa, meditando y solo al final de la calle como en un pueblo fantasma. En la cantina, dentro de la escuela cerrada por falta de niños, cuatro hombres reciben con silencio huido, aunque al final Juan Podaderas se anima: «Aquí había mucho temor hasta hace muy poco. No se podía hacer nada sin el consentimiento de los marqueses. Cuando yo era chico, a un vecino, José Vega, lo echaron por hacer una choza para el cerdo».

A 90 euros el metro, ¿caro o barato? «El transcurrir del tiempo no les hace dueños», ataja Hortelano. «Es un precio social, muy inferior al de mercado e incluso al de una expropiación. Por ese precio no se compra ya ni un aparcamiento. Más bajo de eso, no: pretenden que se lo regalemos».

María Jesús Díaz, líder de la asociación vecinal, y su marido, Pedro Gaspar, matizan. «No quiero que me regalen la casa, eso lo comprendo», dice ella. «Pero es que los gastos para regularizarla después son mayores que lo que cuesta el suelo». Escrituras, peritos, permisos... María Jesús pide ayuda al Ayuntamiento de Antequera para abaratar la regularización de una aldea en el limbo.

Su abogada, tras señalar la paradoja de que el Ayuntamiento (que intentó una expropiación a inicios de los 90) haya pagado obras públicas en una pedanía de propiedad privada, pide al alcalde, Jesús Romero, que no transforme en suelo urbano el actual suelo rústico hasta que los vecinos sean titulares de las casas, a fin de evitar la especulación. «No debe primar el ánimo de lucro».

Pero el abogado de la propiedad niega la insinuación. «No perseguimos ningún lucro, como lo prueba que tenemos ofertas de grupos extranjeros [para proyectos turísticos] por un precio

sustancialmente mayor». Al contrario, Hortelano pone la especulación al otro lado. «Hace unos años les vendimos las parcelas a un precio muy bajo. Y al día siguiente muchos las revendieron para especular». Añade que lo mismo ocurrirá con las viviendas, algunas «usadas como segunda residencia».

Las espadas están en alto. Hortelano aclara que «nunca, nunca» se le ocurrirá al dueño desalojar a los rebeldes pero les da «un plazo de seis meses» para que «espabilen» antes de que retire la oferta. Enfrente, los vecinos que han despertado del acatamiento inmemorial plantan cara.

Epílogo: la marquesa Carmen murió en 1999 y su hermana Teresa, con fama de más amable, heredó el título hace un mes. La única superviviente de la familia apenas viene ya de Málaga a ocupar su viejo palacio. Octogenaria y enferma, dicen que la aristócrata se está muriendo.

CUANDO SE PAGABA TRIBUTO CON GALLINAS

Justo por estas fechas, pasado San Miguel, la marquesa venía al cortijo-palacio (en el que ahora el dueño planea abrir un hotel) y los colonos tenían que ir allí a pagarle en una suerte de procesión vertical. Unos, los que tenían sus casas en propiedad, pagaban una o dos gallinas (según tuvieran patio o no) como tributo por estar ocupando el suelo del marquesado. Los inquilinos de las casas de alquiler abonaban la renta anual. El espectáculo de las gallinas duró hasta principios de los 90, cuando los dueños se hartaron de que vinieran periodistas del extranjero y «hasta de *Interviú*» (revista famosa por sus chicas desnudas) para retratar el ritual, aunque durante algún tiempo más se siguió pagando dinero en sustitución de cada gallina.

A mediados de los años 60, recuerda Juan, el pueblo que hoy ronda el centenar de habitantes llegó a tener 600. El origen de sus casas es incierto. Las primeras eran chozas hechas por los colonos y mejoradas con el tiempo. Tras la Guerra Civil, cuenta Pedro, las casas que quedaban abandonadas pasaron a manos de los marqueses. En otro caso, relata la abogada Romero (que se queja de la falta de acceso al archivo del marquesado, en poder de la familia), un hombre perdió

la propiedad de su casa en una especie de «embargo»: pidió dinero al marqués para llevar a su hijo al médico y a partir de entonces tuvo que devolver el préstamo pagando una renta.

Hace mucho que los arreglos corren por cuenta de cada vecino, por eso se sienten dueños de viviendas que han reformado con su sudor y su dinero. Hoy el pueblo es un escenario publicitario. Este año han rodado allí los *spots* del Opel Vectra, una bebida coreana y una marca rusa de patatas fritas.

UNA MUJER CON MUCHO TOMATE

LOMA CABRERA (ALMERÍA)

[28 DE FEBRERO DE 2003]

La vida de María Dolores Salinas tiene tomate. En los invernaderos de Almería es de las pocas mujeres que no solo trabaja al lado del marido sino que es la que le manda en el tajo. «Anda, jefa, que eres una mandona», le dice riéndose su esposo, Paco Martínez, acompañado de su tío, también Paco, mientras ella atiende a los invitados del periódico y ellos estrían (ordenar en cajas) los tomates recogidos por la mañana, esos tomates brillantitos *Daniela o calibre 10* que mañana subastarán en la cooperativa San Isidro y pasado quién sabe si se los comerán en ensalada en un apartamento de Alemania o sofritos en un restaurante de París. Dolores sufre la fiebre, pero benigna, del jugador de póker, del buscador de oro, con la diferencia de que el objeto de su ambición se llama tomate, una criatura cuyo crecimiento vigila como una madre agricultora desde que a finales de agosto planta la mata hasta que, desde ahora hasta mayo, recoge los frutos en su roja y redonda perfección.

Su vocación de empresaria agrícola brotó tardía pero exitosa. «Yo no había puesto un pie en un invernadero en mi vida, ¡veía el tomate en las ensaladas!». María Dolores, de 42 años, hizo Magisterio, montó en El Alquíán una academia, se casó, tuvo a los mellizos Francisco y Pablo, cerró la academia y abrió con su marido una tienda de *souvenirs*... Hasta que hace cinco años, harta de tratar con el público, pegó un giro. Le pidió a su padre, Manuel (pionero del plástico y el goteo en los Campos de Níjar en los años 70), hacerse cargo de una



El matrimonio de agricultores: María Dolores Salinas
y Paco Martínez, 2019

parcela vacía en Loma Cabrera y se metió a tomatera en la zona con más densidad de producción de Europa.

Lo que al principio era «un capricho» se ha transformado en determinación de experta. Este año está estrenando un moderno invernadero de 4800 metros cuadrados con techos altos, para no andar encorvada como antes, y planea instalar un sistema de abono y riego por ordenador. Al contrario que en el *boom* de la anterior, los precios de esta campaña están siendo muy bajos y teme que apenas logre cubrir los gastos pero ya les ha avisado a sus hermanos, socios de la empresa, por si se saca algo en limpio: «Esto va a ser todo para reinvertir. Se lo he dicho, que no verán un duro».

«Físicamente es muy duro, cargando cajas de 20 kilos, pero me encanta. Cuando sale el primer tomate, así de chiquitillo, ¡te da una



El mar de plástico de los invernaderos de Almería, la mayor fábrica de verduras de Europa, visto por fuera y por dentro

alegría!», dice radiante. «Veo que llevo el invernadero yo, que soy capaz. Me siento más autónoma dentro de la pareja. A veces llego cansada y digo, ¡el año que viene no sigo más!, pero luego pienso: ¿Y qué hago yo allí en mi casa?».

Dolores rechaza que en Almería «haya racismo, como dicen», y se pone como ejemplo de ese mundo utópico de plástico que ella

practica: «Aquí a todo el mundo se le paga lo mismo por jornada, lo mismo a mi tío que a unos marroquíes». El invernadero y su selva de matas de tomate concebidos como un negocio, un retiro espiritual y un proyecto de vida al que consagrar las energías desde que los niños se van al colegio hasta que se escapa el último rayo de sol. Criar-crear es lo que importa de verdad. A fin de cuentas, a Dolores el sabor del tomate ni siquiera la vuelve loca.

EL EXTRAÑO CASO DE LOS LADRONES DE ABEJAS

VÍCAR (ALMERÍA) [7 DE ENERO DE 2004]

En Almería están robando millones de cabezas de ganado. No cientos ni miles, no: millones. Del tamaño de una alubia. Porque los apicultores llaman a sus abejas «ganado». En cada colmena viven (nacen, crecen, se reproducen y mueren constantemente) nada menos que 30 000 abejas y este año los ladrones están pegando palos a diestro y siniestro en los colmenares de la provincia. Unas veces se llevan un puñado de colmenas; otras han robado hasta 42 cajas, tantas que solo cabrían en un camión.

Robos hubo siempre, esporádicos. Pero en los últimos dos años se han disparado. El año pasado, cuando empezó, fueron más de 50. Este, han superado los 60. La compañía Mapfre ya les ha avisado de que con tantos siniestros no le sale a cuenta asegurarles la cabaña apícola.

No han detenido a nadie, sobre todo porque es difícilísimo seguir el rastro a ladrones que trabajan en parajes laberínticos, aislados y solitarios (además, ¿quién marca a una abeja?) pero de lo que Antonio García Mateo, responsable de apicultura de la organización agraria COAG en Almería, está seguro es de que los autores pertenecen de alguna manera al gremio. También, de que lo que buscan no es la miel, por cara que se cotice hoy, sino el «ganado» en sí.

El extraño caso de los ladrones de abejas tiene una relación directa con el considerable negocio que supone el alquiler de colmenas a los invernaderos, donde las abejas son imprescindibles para la supervivencia de los cultivos de melón y sandía, de igual manera

que los abejorros (suministrados por empresas especializadas que los crían industrialmente) lo son para los del tomate o la berenjena. Durante la semana clave de la floración, las abejas son las únicas que pueden polinizar las plantas y, por tanto, garantizar la cosecha.

Los robos, claro, se concentran en las zonas limítrofes con los mares de invernaderos y en las fechas de floración, entre enero y abril. Cuanto más cerca en espacio y tiempo, dice Antonio, «más riesgo», aunque matiza que los golpes llegan incluso a zonas alejadas y que, para su extrañeza, se producen también durante todo el año, fuera de la temporada sospechosa.

Esta actividad delictiva aparentemente simple refleja sin embargo la evolución y complejidad creciente de la agricultura local. Antes, cuando no existían los invernaderos, los cultivos se polinizaban naturalmente al aire libre con las abejas y abejorros que pasaban por allí. Pero hace 30 años llegó el gran invento del cultivo bajo plástico y hubo que importar colmenas a ese planeta cerrado.

Al principio los agricultores compraban y mantenían las colmenas en sus fincas. Pero, pasados los escasos días en que las necesitaban realmente, se convertía en un engorro cuidarlas. Y empezaron a alquilarlas a los productores de miel profesionales. Ahora, alquilar una colmena durante unas dos semanas vale 42 euros.

En Almería se alquilan cada año más de 50 000 colmenas a los invernaderos, explica el veterano apicultor de COAG, lo que, multiplicando cifras, indica que este trasiego de abejas mueve en teoría 2,1 millones de euros.

El problema es que las colmenas, tras su paso por esta cárcel de plástico, salen «destrozadas». «Las abejas se sienten allí encerradas, como tú si vas a la cárcel aunque sea de visita. Allí no hay diversidad de flores, no ven el sol y se desorientan. Se mueren. Se ahogan en los charquitos, se escapan por los agujeros del plástico y no saben regresar. Tras venir del invernadero, a los tres días tienes menos de la mitad. Si no han perdido a la reina, a la madre, la colmena se recupera, pero si no, es difícil».

Si el Seprona, el servicio de la Guardia Civil especializado en delitos medioambientales, se pone a investigar el caso, como le ha pedido la COAG, aquí tiene entonces la hipótesis más plausible: hay apicultores u otras personas que, para reponer las colmenas deterioradas por su paso por los invernaderos, prefieren, en lugar del camino arduo de irse al campo a buscar un enjambre y domarlo cogiendo a su reina, quitarles a los demás criadores una parte de sus colmenas.

Los apicultores están en alerta porque el riesgo de que les *piquen* es muy elevado. En torno a una cuarta parte de los 250 apicultores en activo en la provincia, según cálculos de Antonio, han sufrido la visita de los ladrones de abejas este año.

Como a José Padilla, al que le quitaron en abril 11 cajas de su colmenar en las faldas de la sierra que se yergue sobre el mar de plástico de La Mojonera y Vúcar, en la comarca del Poniente. «Tiran las cajas, que están marcadas con el número del registro del dueño, y meten los panales en otras. Es casi imposible saber quiénes fueron. Tenemos nuestras sospechas», dice Antonio entre las colmenas de su colega. «Pero tienen que ser de este mundo. Si no, ¿cómo van a meterse por estos caminos y saber que aquí hay colmenas?».

Toda la geografía del ciclo económico de las abejas almerienses está expuesta panorámicamente desde este colmenar, como se ve en la foto. De este lado, el monte cubierto de arbustos por el que vagan las abejas kilómetros y kilómetros. Ahí, las filas de colmenas, con sus agujeritos minúsculos como puertas hacia las celdas de la ciudad ocupada en su lenta producción de miel. Y, al fondo, junto al mar Mediterráneo, la llanura blanca de los invernaderos que dependen de la maravillosa simbiosis surgida entre un insecto y una flor de melón.

Antonio posee además un invernadero en La Mojonera donde, por supuesto, usa sus propias colmenas. Como las cría lejos, en la sierra de los Filabres, corre menos riesgos que otros colegas. «Hace dos años que no me visitan». Pero la plaga de robos le preocupa y le duele. Mucho más, seguro, que los 40 agujijones que le clavan sus abejas en un día normal de trabajo si no lleva protección. «A mí no me duele, me chupo la mano así y me quito el *quisque* y sigo

trabajando», dice quitando hierro, mientras enseña sus manos hinchadas como guantes de boxeador.

LA MIEL DOBLA SU PRECIO

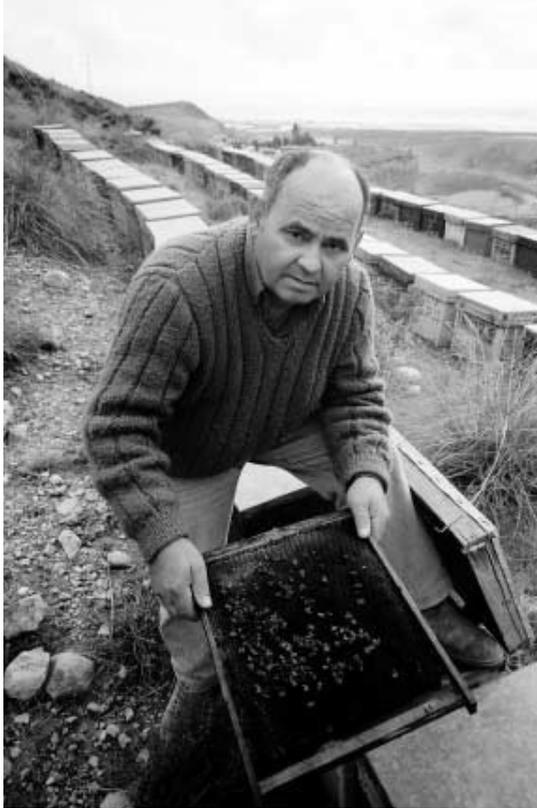
Nunca fue tan rentable ser apicultor como desde que hace dos años la Unión Europea cerró sus fronteras a la miel de los productores chinos, los mayores exportadores del mundo, tras descubrir en sus análisis restos de antibióticos.

Eliminado ese gigantesco competidor, los apicultores como Antonio García Mateo han visto cómo el precio de la miel se ha doblado. Antonio tiene un colmenar que oscila entre las 500 y 700 cajas, una cantidad suficiente para vivir del oficio.

Una colmena suele albergar 12 panales. Libando felizmente por los montes en las flores del tomillo, la aulaga, el cantueso, el romero o la rascaviejas, cada *casa* produce 20 kilos al año, lo que, para 500 colmenas, da una producción de 10 000 kilos valorados en más de 24 mil euros.

A ello hay que añadir las generosas subvenciones de Bruselas. Hay una ayuda del Programa Nacional Apícola y otra del programa agroambiental europeo. El responsable de apicultura de COAG-Almería explica orgulloso que Andalucía es la única región de Europa cuyos productores han logrado esta subvención, por segundo año. Entre ambos subsidios, una explotación de 500 colmenas recibe al año algo menos de 12 mil euros.

Y los ladrones de abejas, ¿no estarán robando colmenas para establecerse como ficticios apicultores y pedir también ellos las jugosas subvenciones? Antonio lo descarta y explica, para calma del contribuyente, que el dinero solo se concede a los criadores que demuestran varios años de actividad.



El apicultor Antonio García muestra un panal
en un colmenar de Vícar, en Almería

EL DESIERTO DEMOGRÁFICO EROSIONA ALMERÍA

DOÑA MARÍA DE OCAÑA (ALMERÍA)

[4 DE ENERO DE 2004]

Hace mucho que los trenes dejaron de parar en la estación de Doña María de Ocaña. La noche devora el último resplandor en esta esquina de Almería encajada entre las laderas de Sierra Nevada y la sierra de los Filabres, junto al cauce del río Nacimiento, y la estación se recorta abandonada contra el crepúsculo como en una película de Hitchcock en blanco y negro. Puertas desencajadas, el suelo cubierto de escombros y azulejos rotos. Solo se oye el zumbido de las máquinas que regulan el tráfico automáticamente y el aleteo asustado de un pájaro que choca contra el cristal partido de una ventana buscando la salida.

Abajo se ven las luces de los coches por el tramo almeriense de la A-92. La cercanía con las vías y la carretera realzan el halo fantasmagórico del lugar. Es la trastienda del progreso. Las casas del viejo barrio ferroviario están a oscuras como en la boca del lobo. Muchas se han venido abajo, piedra sobre piedra, aplastadas bajo el peso de la ausencia. Y la ausencia da miedo.

—¡Hola! ¿Hay alguien?... ¿Hay alguien?

Nadie responde. Desde el interior de la única casa iluminada, una mujer observa con temor al intruso y llama por teléfono a su compañero. Pero llega Miguel en coche y el miedo se disipa. El intruso no era un ladrón sino un periodista. Llegado a tiempo, incluso, porque tienen muchas cosas que contarle.

Mientras el litoral de la provincia crece como un hormiguero de hombres, industrias, invernaderos y hoteles, en las montañas que quedan a sus espaldas vastos territorios se convierten lentamente en un amable desierto, alimentado por el dinero pasivo de las jubilaciones, los subsidios de desempleo y las subvenciones de la Diputación y la Junta.

El último informe de la Cámara de Comercio advierte del peligro de extinción que sufren comarcas de montaña de Almería como la sierra de los Filabres y la cuenca alta de los ríos Nacimiento, Andarax y Almanzora. La situación es más descarnada en lugares como este que no languidecen en montes remotos sino junto a una moderna autovía y los rieles del Andalucía Exprés.

Aquí tenemos el informe hecho carne viva. Miguel Arqueros, de 55 años, y Trinidad Ruiz, de 38, son dos de los tres únicos habitantes de la barriada ferroviaria. En su escuela daban clases a cincuenta niños. Hoy esa escuela son cuatro paredes sin techo y un suelo sembrado de cascotes.

Miguel es un pionero de ida y vuelta. Como tantos miles, emigró de Almería a Barcelona, luego regresó, se embarcó de mecánico en un pesquero, estuvo faenando en Alborán y en Argelia hasta que se jubiló y, buscando un refugio lejos de los temporales, llegó hasta la estación fantasma. Acordó con el Ayuntamiento quedarse la antigua casa del maestro por un sueldo y reconstruyó las ruinas con sus manos.

Doña María forma junto a los pueblos de Ocaña y Escúllar el municipio de Las Tres Villas. En el censo hay 618 habitantes pero en realidad aquí permanecen muchos menos. Los demás vienen a votar, de vacaciones y a los entierros. Son más los que mueren que los que vienen, más los que emigraron a Tarrasa que los que se aferraron a la tierra.

Por la puerta de Miguel y Trinidad pasaban «miles de coches» cada día. Pero desde que el año pasado abrieron la autovía A-92, la vieja carretera nacional ha quedado en vía muerta y el restaurante ha tenido que cerrar. «Aquí ya no para un coche ni por recomendación». Miguel acusa al antiguo alcalde del PP, que gobernó 24 años, de haber dejado morir al pueblo. Hay una tienda, una botica, una

cabina y una parada de autobús donde, a falta de bar, se reúnen por la tarde los jubilados. A primeros de mes, el director de la sucursal de Cajamar en Abla viene a repartir las pensiones casa por casa.

Estos pueblos declinantes tientan a caer en el discurso nostálgico del mundo perdido. Pero no hay nada más natural que los pueblos, como los hombres, nazcan, crezcan y agonicen. O que, como los hombres, se resistan a morir y luchen por renacer de sus cenizas. Eso sueña Miguel con Doña María. Tras contribuir a desbancar en las elecciones a la derecha «franquista» (GIAL y PSOE gobernarán dos años cada uno), Miguel tiene la convicción de que al pueblo se le abre una oportunidad. Él acaba de montar una asociación cultural y planea apuntarse a las ayudas de la Junta para subirse al carro de la «Segunda Modernización» de la que habla el gobierno andaluz: ordenadores subvencionados y clases gratis de navegación virtual. Hay tres vecinos conectados a Internet. «El Pedro, la Toñi y el Rafael», enumera Trinidad.

Otra de las resistencias solidarias de Miguel es visitar a los viejos sin familia. Esta noche le toca a José González Algarra, *El Alejo*, de 73 años, que paga a la iglesia al mes por su humilde casita de ambiente del siglo XIX. Hay un espejito, un manojo de acelgas, una lumbre que se apaga en la chimenea y, en la tele, la falsa compañía en technicolor de un concurso de Antena 3. José no tiene hijos, recorrió España de peón caminero, fuma Celtas, es analfabeto y muy acogedor. Se le saltan las lágrimas enseñando el retrato de una hermana que murió embarazada al caerse por unas escaleras. También se acuerda de los caciques, el general Armada y el *Fantasma*; del día que vino Franco a cazar, de los jornaleros que iban a pedir trabajo a cambio solo de comida.

Todavía manda la economía de la sencillez. Un poco de aceite, la almendra, un jornal por aquí, un subsidio por allá. «Esto cada vez va a menos. Aquí más de la mitad de las casas están abandonadas. Lo que nos sostiene un poco es el paro», dice el amigo de Miguel, Juan Fernández, en Los Cortijos, el barrio gitano. Su madre, Piedad, no sabe qué edad tiene. ¿72, 73 años? «Pues será». «Estos cortijos han sido



Panorama desde la despoblada sierra de los Filabres,
en la provincia de Almería

las sonajas de España», dice la mujer. «Mucha hambre que se pasaba, sí, pero muchas ganas de divertirse». Antes, cuando no había tele ni preservativos, proliferaban las patuleas de criaturas. La alegría de la vida. Como los seis que tuvo Piedad. Hijos que luego se marchaban.

Si en Doña María uno tiene la sensación de hacer arqueología en vivo, en Castro de los Filabres, donde se acaba la carretera, la resistencia cobra ventaja frente al abandono. El censo se mantiene heroico en 205 habitantes, pero aunque solo viven allí fijos la mitad, Eva Rodríguez, la secretaria municipal, niega que corran peligro de extinción. Tienen hasta una pareja de jubilados ingleses y otra de inmigrantes rumanos. Extranjeros ricos o pobres. Serán ellos, quizás, los nuevos pioneros que reaviven estas montañas peladas que aún no ha hollado el turismo.

La modernidad siempre llega con retraso. A finales de los 80 aún no había alcantarillado, ni canalización de agua, ni teléfono. Ahora que lo tienen, el sueño de Eva es que Telefónica les ponga las líneas para llevar al pueblo Internet.

Hermosa soledad de riscos nevados y bancales salpicados de almendros. Pero ni Internet, ni el teléfono ni la tele apagan el silencio humano, como en Olula de Castro, con esos cinco coches abandonados al óxido y el patio desierto del campo de futbito. Se oye al viento y a los pájaros. El hombre, de momento, calla.

PEDRO MARTÍNEZ, EL CÓMODO SUBDESARROLLO RURAL DEL SIGLO XXI

PREDO MARTÍNEZ (GRANADA)
[2 DE AGOSTO DE 2004]

Cuando el extraño entra por primera vez en Pedro Martínez le invade la sensación de que ha pasado algo, y no bueno, precisamente. Es mediodía, pero sus anchas y rectas calles de estilo castellano se alargan hacia lo lejos desiertas de hombres y coches, como si una repentina emergencia hubiera condenado al pueblo al abandono. Luego, aquí y allá, aparecen algunas figuras tranquilas y solitarias cruzando la calle, franqueando una puerta, yendo a algún sitio como sombras en un cuadro de Giorgio Di Chirico pasado por el tamiz luminoso del sur.

En Pedro Martínez hay vida aún al final de la carretera vacía que lleva a él a través de bosques de chopos, colinas peladas y campos de almendros, aunque esa vida se parece en muchos sentidos a una apacible agonía. Según las últimas estadísticas de la Agencia Tributaria, referidas a datos de 2001, este municipio de la comarca de los Montes Orientales de Granada, a media hora al norte de Guadix y a 1035 metros de altitud, pertenece al grupo de los 74 municipios andaluces cuya renta neta media declarada (RNMD) se encuentra por debajo de la mitad del promedio en la comunidad.

Si la media regional supera los trece mil euros anuales, en Pedro Martínez apenas llegan a poco más de seis mil, muy lejos de los ingresos en los municipios más prósperos, como Tomares en Sevilla, o Benahavís en la Costa del Sol malagueña, en los puestos de cabeza de los ricos.

Hemos venido a Pedro Martínez como podríamos haberlo hecho a otros aún más deprimidos en la lista de los últimos de Andalucía: podríamos haber ido en la provincia de Granada, entre otros municipios, a Cortes de Baza o Dehesas de Guadix; en la de Almería, a Benizalón; en Jaén, a Larva; en Málaga, a Igualeja o Salares; en Córdoba, a Fuente la Lancha y en Huelva, a Arroyomolinos de León.

El mapa de la distribución de la riqueza es nítido: la depresión económica se concentra en el interior montañoso del oriente andaluz, y, en los pocos casos situados en el Occidente, en comarcas serranas.

En Pedro Martínez, pues, podrían contentarse con ser los más ricos entre los pobres, pero esa es una lectura autocomplaciente que no va con la lucidez crítica de José Torres, un economista que podría estar dirigiendo cualquier gran empresa allá lejos, donde empieza ese otro mundo de las autovías y los polígonos industriales, pero que prefirió comprometerse con su comarca de caminos secundarios y campesinos sin norte para trabajar como secretario municipal en Pedro Martínez y la vecina Moreda.

Por mucho que un coche deportivo brille en un rincón o cruce la plaza un flamante todoterreno, él no se deja engañar por espejismos materiales que distraen de una realidad más profunda. En seis palabras: «Estamos en el subdesarrollo más absoluto». Euro arriba euro abajo, explica, los pueblos de los Montes Orientales de Granada, como sus hermanos de la lista de otras provincias, padecen el mismo mal económico.

«Esto está absolutamente despoblado. ¿De qué se vive? De un cereal, la cebada, que tiene el mismo precio que hace 40 años. Al agricultor, si no fuera por los subsidios, le dan por saco. La mecanización, que ha reducido el gasto en jornales, y las subvenciones de la Unión Europea hacen que no abandonen el cultivo, pero el poderío de entonces de un agricultor que tiene 100, 200 hectáreas, hoy da risa».

«Llamar empresario —continúa— al que tiene 15 hectáreas es ridículo: es un jornalero con tierras. Es que no nos quedan más que los subsidios agrarios, coño, y de la manera más vergonzosa. La inversión pública brilla por su ausencia. Es una cosa lacerante. La

comunidad autónoma no invierte en infraestructuras y el Estado dice que no tiene competencias. ¿Qué hacemos para salir del subdesarrollo? Nos han obligado a una cultura del subsidio, que no es querido, pero tenemos que aceptar porque no hay alternativas. Lo difícil es romper esa cultura, esa inercia. Hace falta un plan de choque».

El año pasado había 77 mujeres y 33 hombres cobrando el subsidio agrario (durante seis meses siempre que coticen un mínimo de 35 peonadas anuales) y en 2001 la tasa de paro alcanzaba al 74,1 % de la población activa.

Esta pobreza que indican las estadísticas no es una pobreza física de pasar hambre y no tener casa. Todo lo contrario: aquí hay tranquilidad y seguridad a raudales, uno se puede comprar un caserón viejo, la comida es buena y barata, hay piscina municipal en verano, un polígono ganadero con 9 granjas y hasta una moderna residencia de ancianos que da trabajo a 32 vecinos y ha entrampado al Ayuntamiento a niveles siderales. No, subraya el economista, la pobreza de Pedro Martínez es la del siglo XXI: la de la falta de oportunidades y horizontes, la de la dependencia. Si la Seguridad Social suspendiera el paro y la UE sus ayudas, el pueblo se venía abajo.

Los 5000 habitantes de antaño quedaron reducidos en el censo de hoy a 1267, aunque todos saben que en realidad los fijos son menos. En invierno, dice el alcalde Manuel Martínez del PSOE (que gobierna aquí desde el inicio de la democracia), hay 462 casas vacías. El regidor señala con orgullo la paradoja de que su pueblo es el mayor productor de cereal de la provincia.

Hubo un tiempo, cuenta, hace medio siglo, en que bajaban 400 braceros de las Alpujarras para segar cada verano, entre ellos los mismos que, añade, fundaron luego con los ahorros los invernaderos de El Ejido. Aquí, en cambio, todo declinó. El notario cerró, cerró el juzgado y el mercado de abastos, cerró Sevillana su subestación eléctrica. La Consejería de Agricultura de la Junta, dice José Torres, mantiene un solo perito, por no cerrar la oficina.

¿Pero por qué en Almería triunfaron y aquí la crisis no hizo más que agravarse? Entre la incomunicación y la falta de energía no

levantan cabeza, denuncian el economista y su alcalde. Hay cortes de luz frecuentes y la carestía eléctrica es tal que aborta cualquier plan de industrialización. Ahora estudian con la empresa Wind Ibérica montar un parque eólico para paliar la escasez. A ello se añadió la congelación del precio de la cebada y el drenaje de capital: los agricultores se gastaban el dinero en abonos y maquinaria fuera y nada revertía al pueblo.

Para colmo, falta agua. La suya la extraen a 280 metros de profundidad, lo que encarece la factura eléctrica. En este panorama, las subvenciones y subsidios solo sirven, dice Torres, para parchear la descapitalización del agricultor, mantenerlo vivo, no para crear infraestructuras que rompan la inercia.

Denuncian la oportunidad perdida de los planes de empleo agrario, como el antiguo PER. El «efecto perverso» del sistema hace que en la práctica las obras se incumplan y algunos vecinos se tomen los proyectos (recoger esparto, plantar pinos, arreglar una plaza) como meros trámites para cobrar su necesitado subsidio. «Encima [las administraciones] hacen que nosotros tengamos que dar la cara con la población. ¿Qué quieren, que nos la partan?», protesta el secretario.

La necesidad acuciante abona el terreno a la economía sumergida y el fraude empresarial y así no es extraño que haya en la comarca jornaleros que cobran el paro mientras trabajan de albañil, o agricultores que optan por un engaño que es más fruto de la desesperanza que de la picaresca: siembran girasol y garbanzos, cobran la subvención europea por la superficie y no recogen ni cuidan más la cosecha porque si no perderían dinero con los gastos.

Víctor Manuel Orduña, licenciado en empresariales de 25 años, va en su tractor, como desde los ocho años, camino de su campo a cosechar la cebada. Él ha vuelto de Granada temporalmente porque querría labrarse un futuro en su pueblo, pero lo ve difícil. «Aquí no se puede empezar nada de cero».

Un tocayo, Víctor Orduña, de 27 años, sueña en cambio con que los amantes del turismo rural descubran su pueblo e impulsen una mínima industria hostelera. Hoy no hay ni una pensión y mantener

a flote su bar La Bodeguilla durante la travesía de esos largos inviernos bajo cero es para Víctor misión casi imposible. «Aunque regalen el terreno, aquí no viene nadie».

Pero lo cierto, señala José Torres, es que se han instalado ya tres parejas de jubilados ingleses. Y esa industria de la segunda residencia de los ancianos europeos podría ser una alternativa. Otra, apostar por los emigrantes del pueblo que, tras triunfar en Cataluña o Baleares, regresan con nuevas iniciativas. Son ellos, dice, el ejemplo positivo que tanta falta hace para demostrar a sus paisanos que las cosas no tienen por qué ser así para siempre. Que del subdesarrollo también se sale.

LANJARÓN, EN BUSCA DEL ELIXIR DE LA ETERNA VEJEZ

LANJARÓN (GRANADA) [19 DE JULIO DE 2004]

Un día descubrimos que las fuentes de la eterna juventud no existen en ninguna parte del río de la vida pero tenemos el consuelo de que en Lanjarón, en la puerta de Las Alpujarras granadinas, mana un elixir que ayuda a alargar la vejez y aplazar año tras año el momento del juicio final. «Yo no pienso nunca en morirme», dice con una sana risa Bernardina Bermúdez, sentada en su tienda de cestería en la calle principal por donde pasan los turistas camino del famoso balneario de aguas minero-medicinales, como peregrinos en busca de su antídoto contra la erosión venenosa de la enfermedad y la derrota.

Bernardina tiene 70 años y piernas hinchadas que ya no le sirven para dar ni un paso pero lo importante es que ella no piensa en morirse y come con plena felicidad existencial, como ahora, guindas a la sombra de la siesta junto a su amiga Pepi que tiene 68 y lleva 40 viniendo desde Málaga a la estación balnearia para mantener el cuerpo a punto y el espíritu en alto.

En Lanjarón saben de toda la vida que aquí la gente vive mucho tiempo y no le prestan mayor importancia al fenómeno que atribuyen a la benéfica combinación del clima suave, la luz hermosa, la tranquilidad provinciana, el agua de la sierra, la dieta mediterránea o los genes. Pero esta impagable virtud del pueblo cobró actualidad cuando a finales del año pasado un equipo de la televisión surcoreana KBS llegó a sus calles esgrimiendo datos de

la Organización Mundial de la Salud según los cuales el municipio serrano goza de la mayor longevidad del planeta.

Los periodistas querían averiguar y mostrar a los espectadores de Corea del Sur (cuya esperanza de vida hace medio siglo era de solo 58 años frente a los 70 de los españoles de entonces) qué receta es esta que hace que los vecinos de este rincón ibérico, como en general en todas Las Alpujarras, superen los 80 y los 90 años como lo más normal del mundo. De entre sus 3800 habitantes, 25 son ya nonagenarios, 155 octogenarios y 442 septuagenarios.

La nieta de Bernardina glosa aquellos tiempos de gloria de los años 50 en el salón de fiestas del balneario.

—Aquí vino a cantar Antonio Machín, ¡An-to-nio Ma-chín!,
Juanito Valderrama y Dolores Abril...Y Rita Pavone, me parece.

—¡Pero si los muertos ya no se cuentan, Sonia! —la ataja la abuela.

Cierto: en Lanjarón los muertos no cuentan porque su economía turística gira más que en ninguna parte en torno al negocio de la salud y la buena vida, con el balneario y la embotelladora de agua del mismo nombre como epicentro. En la calle principal venden jamones de la sierra, miel de eucalipto, azahar o tomillo, hierbas curativas, botellitas de plástico para los agüistas que siguen el tratamiento de las fuentes medicinales con aspecto de ebrios de H₂O.

Quien mejor vende los beneficios para la salud de Lanjarón es la directora del balneario, Marisol Ramos, vecina del pueblo, quien a sus 50 años dice sentir entusiasmo por la vida gracias en parte a unas aguas que atraen cada año a 15 000 visitantes, la mayoría gente mayor como la que copa sus salones y jardines pero también, advierte ella, cada vez más jóvenes hedonistas y adultos estresados.

Aguas ferruginosas, cloruradas, bicarbonatadas, sódico cálcicas o magnésicas que, avisa, no garantizan a quien las tome que vivirá más años pero sí que le ayudarán a llegar a la vejez con mayor calidad de vida y armonía personal y a paliar o prevenir las enfermedades que nos asalten en el camino, como ya se sabe desde que en 1765 se precisaron científicamente sus efectos terapéuticos experimentados popularmente desde la antigüedad.

Oyéndola hablar de su tierra, parecería que está describiendo el paraíso. Habla de la cercanía del mar, de la luz pura de la sierra reflejada en la nieve, de la armonía con la naturaleza, de los productos incontaminados de sus huertos, de la música del agua sobre el cuerpo desnudo. «Somos un reflejo de lo que pisamos, comemos y bebemos. Por eso la gente de estos pueblos es gente viva». Y tiene pruebas irrefutables: su tío Rafael murió a los 97 años; su abuela Ana, a los 102.

Pero la imagen idílica del viejito saltarín, centenario y risueño a lo *superoldman* que venden los periodistas y el marketing de la tercera edad se derrumba hasta la áspera dimensión cotidiana cuando conocemos, por ejemplo, a la pareja formada por Enrique Curro Carmona Cortés y Sara Bermúdez Heredia. Curro y Sara confirman la tendencia longeva del pueblo porque él va a cumplir 88 años y ella 80, aunque describen con qué sufrimiento han llegado a esta cima de la vida.

¿Salud? «No sirvo *paná*», dice ella, que sufre artritis y está operada de páncreas. «Estoy ya hecho pedazos», dice él, casi ciego de cataratas y apesado por achaques de la vejez que le impiden casi asomarse a la calle si no es con ayuda de su hijo. Sara dice optimista su secreto para no dejarse vencer. «De ánimos estoy bien porque soy alegre, no tengo el espíritu muerto. No pienso en la vejez ni en la enfermedad». Su marido desde hace 63 años, en cambio, un hombre cuya envergadura hace imaginar el mocetón robusto que fue un día, no deja de pensar en el fin y cuenta sus temores con una sencillez y una ternura escalofriantes que nos recuerdan de antemano, como un espejo envejecido, el destino que nos espera. Un día, con suerte, seremos él.

«Yo no quiero morirme. Sueño mucho que voy a morirme y me da pena. Sueño que estoy trabajando el mimbre y cuando me despierto y veo las manos vacías me digo, ¿dónde está? Sí, pienso mucho en la muerte pero no dormido sino ahora mismo. Me da tristeza de dejar a mis hijas y mi hijo, sobre todo a mi hijo, que lo quiero mucho».

¿Cuál es entonces la clave de la longevidad? ¿Tranquilidad, actividad continua pero moderada? Ellos no la han conocido. Curro recuerda sus años de jornalero en las fábricas de aceite, de guarda en la sierra, de peón a destajo. Sara recuerda la fatiga de construir su casa con sus manos. «He trabajado un disparate, como un mulo de carga», dice Curro. «Yo cargaba sacos de aceitunas de 90 kilos, como un burro».

¿Una vida sin traumas, quizás, sin violencia, sin sangre? Tampoco. Más bien suerte, resistencia al dolor. «Tres años estuve en la guerra, en la columna Castejón, batallón 223, estafeta 49. Éramos una fuerza de choque, estuve por toda España: Teruel, Lérida, Extremadura, Burgos. Tengo un tiro aquí [dice señalándose el brazo derecho], se le escapó a un sargento y no lo denuncié porque era amigo. Estuvimos metidos en combates, bien metidos, cuerpo a cuerpo. Donde había un taco allí nos llevaban. Murieron muchos. Se quedaban allí en los matorrales o los enterraban en un hoyo».

«En el río Segre, en Lérida —sigue recordando—, me mandaban a medir el nivel del agua porque los rojos cerraban el pantano para atacar y muchas veces me tropezaba con uno que estaba ya seco, boca arriba, con dos granadas en las manos». En Granada, su tierra, donde le tocó el bando nacional, no fue mejor. «A mí me llevaban a coger muertos que fusilaban, para enterrarlos».

En sus familias hay antecedentes de longevidad: el padre de Curro murió con 86 años, su madre con 76; la madre de Sara falleció a los 86, lo mismo que su hermano. Pero ellos nunca han ido a tratarse en el balneario, no comen *delicatessen* sino lo que les permite su exigua pensión y tampoco tienen fuerzas ya para cuidar un bucólico huerto (que no tienen) con el sabio fin de mantenerse activos. «Eso de vivir más lo da la naturaleza. El agua de la muerte es por *tos laos* igual», rebate ella. Sea lo que sea el secreto de la vida, su marido, apenado porque siente que la suya se le escurre, aspira a que la arena del reloj le dure tres años más, solo tres años más.

En el club de la tercera edad que anuncia a su entrada, como un gueto, «centro reservado pensionistas», una veintena de jubilados

juegan a las cartas. Son los jóvenes de entre los viejos, hombres de 65 años, de 70, tipos que lucen un aspecto saludable. Pero la ventaja de saber que aquí uno puede vivir más tiempo parece traerle sin cuidado a la joven encargada del bar que distrae la tarde leyendo un libro con rostro amargado. «Cada vez hay menos juventud, aquí no hay futuro, no hay industrias, la gente se va».

Sin embargo, las fuentes de Lanjarón siguen siendo la materia prima de una factoría pujante. No en vano la multinacional Danone se apresuró a hacerse con el negocio de la embotelladora y el balneario en 1993 y no le va nada mal, con 240 millones de litros envasados al año.



Sara Bermúdez, de 80 años, y su marido, Enrique Curro Carmona, de casi 88, ante su casa de Lanjarón

Antonio que alquila habitaciones a los ancianos visitantes (otros se alojan en los hoteles del viejo esplendor subvencionados por el Instituto estatal de Mayores y Servicios Sociales, el Imserso) también le tiene fe al agua. «La fuente de La Capuchina es para arreglar el hígado... ¡Como se escacharre! La de San Vicente es diurética, para limpiar el riñón; las piedrecitas son un parto pero con eso las echa usted. La de la Capilla tiene hierro, se la toma usted, la absorben los glóbulos rojos y le da fuercecilla al organismo».

Alcemos los vasos y bebamos, pues, del agua que bebieron Virginia Woolf, Federico García Lorca o Bertrand Russell. Porque no seremos jóvenes siempre y un día estaremos, como Curro, soñando sin fuerzas y tristes con mimbres que se esfuman. Pero hoy estamos vivos.

SOBRE EL AUTOR



FOTOGRAFÍA:
M. M. ALAM

EDUARDO DEL CAMPO

Soy periodista y profesor de periodismo en Sevilla. He recorrido a fondo Andalucía, en el sur de España, para conocer a la gente de mi tierra, puerta y cruce de caminos entre Europa, América y África. Desde aquí sigo viajando por el mundo en busca del prójimo.

EDUARDODELCAMPO.COM

ÍNDICE

- 4 Entre Ríos: del Paraná al Guadalquivir
- 6 Sangre, sudor, lágrimas y aceite
- 8 «Tenemos que vivir en la calle en la octava potencia del mundo»
- 14 San Antonio de los contratos
- 19 El Torbiscal, de modélico pueblo agrario a escenario de guerra urbana
- 23 El Lejano Oeste de Andalucía sigue esperando los puentes con Portugal
- 27 Por la ruta de los contrabandistas de café
- 29 La Pequeña Holanda, de emigrantes a exportadores
- 33 Villanueva de Cauche liquida los restos del feudalismo
- 38 Una mujer con mucho tomate
- 42 El extraño caso de los ladrones de abejas
- 47 El desierto demográfico erosiona Almería
- 52 Pedro Martínez, el cómodo subdesarrollo rural del siglo XXI
- 57 Lanjarón, en busca del elixir de la eterna vejez

- 63 Sobre el autor

COLECCIÓN **ALGO COMPARTIDO**

dirigida por Ivana Tosti

Preciosos ritos que nos reúnen.



VERA editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico–Literarias
de la Facultad de Humanidades y Ciencias
de la Universidad Nacional del Litoral.
Instituto de Humanidades y Ciencias
Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet).
Programa de Lectura Ediciones UNL.



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Félix Chávez

Gestión digital: Programa Bibliotecas UNL

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya
y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral
(www.huertatipografica.com).

del Campo Cortés, Eduardo

Gente de campo : historias de Andalucía /
Eduardo del Campo Cortés ; Compilación de
Eduardo del Campo Cortés. - 1a ed. - Santa Fe :
Universidad Nacional del Litoral, 2025.

Libro digital, PDF/A - (Vera Cartonera. Algo
compartido)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-692-430-6

1. Crónica Periodística. 2. Población Rural.
3. Inmigración. I. del Campo Cortés, Eduardo,
comp. II. Título.
CDD 070.4

© Eduardo del Campo Cortés, 2025.

© de la editorial: Vera cartonera, 2025.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional